

Abril, 2025

ISSN 3072-7618

Ponencias presentadas en el **I Encuentro Internacional sobre la Cuestión Social en el Siglo XXI**

“La cuestión social, emociones y territorios:
diálogos polifónicos en la era transglobal”





Universidad Nacional de La Matanza

Rector: Dr. Daniel Martinez

Vice Rector interino: Dr. Fernando Luján Acosta

Secretaría de Ciencia y Tecnología

Secretario: Juan Pablo Piñeiro

Centro de Investigaciones Sociales

Coordinación General: Angélica De Sena

Edición: Florencia Chahbenderian

Edición y Maquetación: Florencia Bareiro Gardenal

Contacto: Florencio Varela 1903, B1754 San Justo, Buenos Aires

cis@unlam.edu.ar

www.cis.unlam.edu.ar

Agradecemos el apoyo al

I Encuentro Internacional sobre la Cuestión Social en el Siglo XXI:



Parte 2.

Metodología de la investigación en Ciencias Sociales

Decisiones metodológicas básicas para investigar desigualdades de clase social y étnico-raciales

Gonzalo Seid¹

Gisele Kleidermacher²

Introducción

Las desigualdades sociales son disparidades en riqueza, poder o prestigio entre categorías de personas o entre comunidades. Las desigualdades sociales son más que simples diferencias, porque implican que una categoría de personas o una comunidad no solo es distinta de otra, sino que una de ellas está en mejores condiciones y otra en peores condiciones para desarrollar su vida. Entre los ejes organizadores de las desigualdades sociales, la tríada clase social, etnia/raza y género se ha destacado en las miradas sociológicas como un núcleo de inquietudes y explicaciones.

Las desigualdades son sociales por varios motivos. Porque no son naturales, porque no son individuales y porque tienen orígenes históricos. Los orígenes históricos a menudo son procesos de largo plazo, en escalas temporales y espaciales amplias, difíciles de reducir a unas pocas causas o de atribuir a un hecho o situación puntual. Así, las causas sociales de las desigualdades no son visibles ni obvias. Lo que vemos más directamente, en cambio, son las consecuencias de las desigualdades. Investigarlas requiere definir conceptos, delimitar tiempos y espacios, suponer causalidades y proponer formas de observar o medir. A continuación, desarrollamos algunas reflexiones sobre estas cuestiones pensando especialmente en las desigualdades de clase social y étnico-raciales.

Primer desafío: las definiciones de los conceptos

En ciencias sociales, conceptos como “etnia”, “raza”, o “clase social” no son algo que pueda resolverse de una sola manera ni rápidamente. También otros conceptos como “edad”, que a primera vista podrían parecer obvios, requieren un examen cuidadoso. En el caso de la edad, el simple conteo de años desde el nacimiento, la edad biológica, lleva a agrupar a personas que pueden tener distintas “edades sociales”, o a hacer agrupamientos como “infancia, adolescencia, madurez, tercera edad” que varían en distintos contextos históricos y culturales. Si conceptos como edad o etapa del ciclo de vida involucran estas complejidades, lo mismo o más ocurre con conceptos más difíciles de definir como etnia o clase social.

El carácter problemático de las definiciones viene de varias fuentes. La primera es que los términos de las ciencias sociales son los mismos del lenguaje cotidiano. El lenguaje cotidiano, de sentido común, es impreciso y polisémico. Varios significados coexisten y, al usarlos, normalmente no elegimos explícitamente una definición. Además, en el lenguaje de sentido común las palabras tienen connotaciones y cargas valorativas, sea positivas o negativas. La imprecisión, la polisemia y las connotaciones de los términos de sentido común afectan a los conceptos de las ciencias sociales. Es necesario evitarlo, reducir la polisemia, controlando los significados y elaborando definiciones que se separen en algún punto del sentido común.

La segunda fuente de complejidades es la pluralidad de perspectivas teóricas de las ciencias sociales. No hay una única definición científica de clase social o de etnia, porque desde distintas teorías la trama de

¹ Sociólogo. Investigador asistente del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales, UBA). Temas de investigación: desigualdades, sociabilidad, metodología. Correo: gseid@sociales.uba.ar

² Socióloga. Investigadora adjunta del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales, UBA). Temas de investigación: relaciones interculturales, migraciones, desigualdades étnico-nacionales, metodología. Correo: kleidermacher@gmail.com

conceptos en los que se definen es distinto. Por ejemplo, el concepto de clase social en la tradición marxista es definida por “la posición en las relaciones de producción”, mientras que en la tradición weberiana consiste en la “situación de mercado”.

Entre el sentido común y las teorías sociales hay una tercera fuente de confusión: las definiciones oficiales. Hay muchos conceptos que tienen una definición en leyes o documentos administrativos, incluidos los de organismos expertos, como los estadísticos.

En lo que respecta a la noción de clases sociales, es una idea que está presente en el sentido común, por ejemplo, en discursos políticos y periodísticos respecto a la clase media y la clase trabajadora. Si bien no hay definiciones oficiales de clases sociales, sí hay sistemas de clasificación como el Índice de Nivel Socioeconómico, usado en investigaciones de consultoras y muchas veces mencionado por la prensa como si fuera “la” manera científica de medir las clases. Entre los especialistas en el estudio de las clases sociales, si bien se reconoce que toda clasificación tiene un grado de arbitrariedad, las tradiciones disciplinares y los posicionamientos teóricos a veces conducen a la consolidación de maneras de definir y medir las clases sociales que pueden limitar las oportunidades para la reflexividad metodológica.

En relación con la categoría “étnico”, se trata de un concepto que (re)comenzó a utilizarse en las ciencias sociales luego de la Segunda Guerra Mundial, como un modo de omitir la categoría “raza”, vinculada por aquel entonces a los horrores cometidos por aquellos años bajo la justificación de una limpieza de las razas. El término “étnico” tiene raíces más antiguas, derivando de la palabra griega “ethnos”, que significa pueblo o nación. Según Wade (1997), tras el declive del racismo científico, comenzó a utilizarse la expresión “grupo étnico” para referirse a colectivos que son considerados minorías dentro de sus respectivos estados nacionales. La popularización de los términos “etnicidad” y “grupo étnico” en discursos tanto académicos como populares se debe, en parte, a los rápidos cambios sociales asociados con la formación de naciones poscoloniales y las migraciones masivas. En este contexto, “etnicidad” ha sido frecuentemente empleada como un sustituto del concepto de “raza”³.

El antropólogo Fredrik Barth publicó una obra en 1969 (traducida al español en 1976), que se convertiría en un clásico, titulada “Los grupos étnicos y sus fronteras”. Barth subrayó un concepto innovador para su época, que sigue siendo relevante: el carácter relacional en la formación de identidades étnicas. A diferencia de teorías previas, que sostenían que menor contacto resultaba en mayor particularismo cultural e identitario, Barth argumentó que las diferencias sociales no solo no desaparecen con la interacción, sino que se refuerzan y perpetúan a través de ella. Este proceso de “auto-adscripción y adscripción por parte de otros” (Barth, 1976) es fundamental en la creación y mantenimiento de fronteras identitarias. La idea de “frontera” es crucial para lo étnico, ya que la existencia del grupo depende de la persistencia de estos límites. Las identidades formadas en estos grupos son relacionales, porque requieren de otras identidades para establecer un contraste (Bartolomé, 2006, p. 34).

Según Wade (2006), la etnicidad es una construcción social que se utiliza para identificar diferencias y similitudes. De este modo, y siguiendo la definición de Bartolomé: “la identidad étnica es un tipo específico de identidad social, que no excluye otras identificaciones, pero que supone la necesidad de comprenderla en todas las dimensiones que le otorgan su singularidad y la distinguen de otras identidades posibles, sin olvidar que no es esencial, sino que depende de los contextos interactivos; es decir de la confrontación con otras identidades” (Bartolomé, 2006: 39).

Recapitulando lo dicho hasta aquí, para iniciar una investigación social sobre desigualdades de clase social y étnica, es necesario problematizar tanto el sentido común como las definiciones oficiales, pero para dejarlas provisoriamente de lado. Y conocer las distintas posibilidades teóricas, sus disputas y la historia de esas ideas, para elegir una de ellas como nuestra perspectiva ¿Cuál? La que mejor se adecue, siempre de manera provisoria y abierta, a la propia mirada actual sobre el problema de investigación.

³ Este debate lo hemos planteado en mayor profundidad para el caso argentino en Kleidermacher y Seid (2021).

Segundo desafío: las escalas temporales y espaciales

Los fenómenos sociales son siempre históricos y, para estudiarlos, necesitamos situarlos en tiempo y espacio. Suena sencillo, pero no lo es tanto cuando comprendemos que ningún “recorte” espacio-temporal es inocuo.

En lo que respecta al espacio, las delimitaciones habituales son los países, las regiones y las ciudades, pero también pueden serlo lugares más específicos como aquellos que son directamente observables por los investigadores sociales, como lo que ocurre en una escuela o incluso dentro de alguna de sus aulas. Típicamente, los espacios más amplios requieren métodos cuantitativos y los más pequeños pueden ser abordados cualitativamente, por ejemplo, mediante observación participante. También es habitual que lo observado en lugares circunscriptos sea tomado como muestra de lo que ocurre en espacios más amplios, que no pueden ser observados exhaustivamente en su totalidad.

Por ejemplo, desde la antropología, Mónica Maldonado (2005) ha realizado observaciones durante más de un año en un curso de quinto año de una escuela secundaria pública de Córdoba, Argentina. A pesar de la escala espacial “micro”, la investigadora muestra cómo el entramado de interacciones y conflictos grupales puede vincularse con desigualdades étnicas y de clase social, entre los estudiantes hijos de obreros, de tez morena, habitantes de barrios pobres de la ciudad, y los estudiantes provenientes de sectores medios, que habían sido inscriptos en la escuela pública por el empobrecimiento hacia fines de la década de 1990 que culminó en la crisis de 2001. Así, su etnografía permite vislumbrar cómo se manifiestan las desigualdades y la crisis en la vida cotidiana, a la vez que trasciende el plano grupal en las interpretaciones de los erotismos, conflictos y violencias.

En lo referido a la temporalidad, las decisiones de investigación son igual o más complejas. En la Historia se ha debatido mucho sobre la diferencia entre acontecimientos, coyuntura y larga duración. Fernand Braudel (2006) [1958] criticó duramente a la sociología por tratar el tiempo social como una dimensión maleable y controlable, que los sociólogos pueden dividir y manipular a su conveniencia. Desde su punto de vista, el tiempo sociológico habilitaría un juego entre sincronía y diacronía que los historiadores rechazan: “imaginar la vida como un mecanismo cuyo movimiento puede ser detenido a fin de presentar, cuando se desee, una imagen inmóvil” (p. 30).

Independientemente de cuánto se coincida con Braudel, sus reflexiones permiten comprender lo mucho que está en juego cuando se define un período de tiempo, o como a veces se dice en la jerga de investigación, el “recorte” temporal. También nos invita a reflexionar sobre el lugar de la historia y de los “contextos históricos” en la investigación sociológica, sobre las dificultades de considerar al tiempo como una mera variable o dimensión entre otras, y sobre lo que ocultan los diseños transversales, que toman el tiempo como una constante.

En lo que respecta al estudio de las desigualdades, Korzeniewicz (2021) ha propuesto una unidad de análisis histórica mundial: “(...) gran parte del trabajo sobre desigualdad (...), elaborado mediante una combinación de sentido común, tradición académica y el formato en que los datos pertinentes han estado disponibles con más facilidad, naturaliza a las naciones como los espacios que contienen dentro de sus fronteras los procesos fundamentales” (p. 37). El autor propone analizar el despliegue de la desigualdad comparando numerosos países durante periodos de tiempo largos, considerando que la desigualdad relativamente baja al interior de algunos países se relaciona con la alta desigualdad dentro de otros.

Las posibilidades de investigar estas grandes escalas espaciales y temporales no están al alcance de la mayoría de los investigadores y estudiantes, o bien pueden no ser las preferidas para lo que se decide investigar. Lo relevante, en todo caso, es que las investigaciones se realicen comprendiendo las escalas con las que se trabaja y sus implicancias respecto a lo que se observa o documenta. En este sentido, hay dos riesgos opuestos. El primero: desconocer que las explicaciones e interpretaciones son relativas a una escala de tiempo y de espacio, y que otros procesos podrían visualizarse si las escalas cambiasen. El segundo

riesgo son los saltos en los niveles de análisis: incurrir en falacias cuando se apresuran las interpretaciones para conectar fenómenos puntuales con procesos de largo plazo, o sucesos locales con espacios regionales o globales.

Tercer desafío: las maneras de teorizar las articulaciones entre formas de desigualdad

Como todos los fenómenos sociales, las desigualdades son multicausales. Las causas o factores que producen un fenómeno operan a través de mecanismos. Un mecanismo es un proceso que funciona regularmente de una manera determinada, produciendo resultados que se repiten. En el caso de las desigualdades, los mecanismos más generales que distinguió Charles Tilly (2000) son los siguientes:

-Explotación. Este mecanismo permite explicar cómo se amplifican las desigualdades de riqueza una vez que ya existen. La explotación fue pensada por los economistas políticos clásicos y posteriormente por la lectura crítica que hizo de ellos Karl Marx. El mecanismo consiste en que las personas y las organizaciones que acumulan propiedades emprenden actividades que, para acumular nuevas riquezas, requieren el trabajo de otros. La explotación es la apropiación del fruto del trabajo de otros, habitualmente desposeídos, quienes necesitan el sustento para vivir. Capitalistas y trabajadores se necesitan recíprocamente, pero los últimos tienen más necesidad y menos poder. Si la actividad económica resulta rentable, los propietarios habrán incrementado su riqueza más que los desposeídos. Aun si hubiera más riqueza que antes, la desigualdad se acrecienta o se mantiene.

-Acaparamiento de oportunidades. Este mecanismo se basa en la monopolización de un recurso valioso y renovable por parte de una red o categoría de personas. A diferencia de la explotación, no supone la apropiación del trabajo de otros, pero sí necesita la exclusión de los otros, mediante barreras para impedir que accedan al recurso valioso. Este mecanismo es central en la explicación weberiana de las desigualdades de clase por relaciones de mercado.

-Emulación. Este mecanismo consiste en que las formas de organización social desiguales (desigualdades establecidas a partir de los mecanismos anteriores) son imitadas o “trasplantadas” a otros ámbitos. La emulación de modelos eficaces de dominación reduce costos y además facilita la legitimación, la ubicuidad produce la ilusión de inevitabilidad.

-Adaptación. Este mecanismo consiste en la aceptación y el acostumbramiento a las exigencias de una organización social de la desigualdad. En referencia a la formación de los Estados-nación europeos, luego de citar el análisis de Fredrik Barth sobre la integración del pueblo lapón en Noruega, Tilly ilustra: “la mayoría de los ciudadanos se adaptaron a la exigencia de pagar impuestos nacionales, concurrir a escuelas estatales, (...) solicitar pasaportes emitidos por el Estado, obedecer a la policía nacional y confiar en ella, cantar los himnos nacionales, honrar a los héroes de la nación (...)” (p. 191).

Estos mecanismos, pensados desde distintas corrientes teóricas y sistematizados por Tilly, son especialmente pertinentes para la investigación de desigualdades de clase social y étnicas. Algunos de ellos han sido nombrados de otras maneras, o bien coinciden parcialmente con otras conceptualizaciones. Por ejemplo, algo de lo que implica la idea de “adaptación” en Tilly se asemeja a la noción “legitimación” en Weber o a la de “violencia simbólica” en Bourdieu. En cualquier caso, son conceptos que remiten a maneras típicas de explicar las desigualdades y a cómo se imbrican en numerosos contextos históricos.

Las hipótesis sobre cómo se articulan entre sí los ejes de desigualdad pueden variar según las miradas teóricas. Por ejemplo, desde la tradición marxista, la clase social probablemente sea colocada como variable independiente y se tiendan a explicar las desigualdades étnicas como ramificaciones de la dominación de clase, con el mecanismo de explotación como factor central. Desde otras miradas teóricas, se ha hablado, por ejemplo, de pigmentocracia, de racialización de las relaciones de clase, de mercantilización de lo étnico o de etnización de grupos subalternizados. Estas pueden ser algunas de las formas de teorizar la articulación entre etnia/raza y clase.

Los mecanismos de desigualdad propuestos por Tilly nos permiten comprender cómo se generan y perpetúan las desigualdades sociales, tanto en términos de clase como de etnia. Explotación, acaparamiento de oportunidades, emulación y adaptación actúan de manera interrelacionada, amplificando desigualdades y estableciendo patrones replicables en distintos contextos. La articulación entre clase y etnia se puede teorizar como una combinación de estos mecanismos: mientras la explotación económica subyace a las relaciones de clase, el acaparamiento y la emulación explican cómo las categorías étnicas se incorporan y refuerzan en estas dinámicas. La clave está en contrastar estas hipótesis con datos empíricos, permitiendo una comprensión más completa de cómo operan estos ejes de desigualdad en conjunto.

Cuarto desafío: los recursos para medir

Una vez definidos los conceptos, nos preguntamos cómo medirlos. En este apartado nos concentraremos principalmente en la medición de lo étnico, puesto que la medición de la clase social ha sido más trabajada en Sociología.

La etnia en general se mide por auto-adscripción. Pero es preciso también contemplar que las identidades étnicas, como las otras identificaciones, son móviles, cambian de acuerdo con el contexto geográfico, político e histórico. De modo tal que el lugar de origen a menudo se constituye como punto de referencia desde donde se configuran las diferentes expresiones de la identidad étnica.

Si bien raza y etnia implican discursos sobre los orígenes y la transmisión de “esencias” a través de las generaciones, Wade (1997) plantea un modo de zanjar esta ambivalencia mediante una distinción entre ambos términos, aunque no en forma de oposición, porque, tal como afirma “la oposición separa el fenotipo de la cultura, como si el primero no fuera culturalmente construido y la segunda no fuera también racializada”. El autor advierte sobre “no desdibujar la historia particular por la cual dichas identificaciones llegan a tener su fuerza efectiva” (Wade, 1997: 29).

De modo que, si consideramos a la etnia como una identidad vinculada a un origen, y en especial, geográfico, con ciertos condimentos culturales, las migraciones podrían ser consideradas un eje desde el cual aproximarnos.

En ese sentido, la Encuesta Nacional Migrante de Argentina (ENMA), puede ser interesante en tanto ejemplo de medición de las desigualdades que conllevaría la ascendencia étnica. La encuesta, llevada a cabo por primera vez en 2020, en una instancia de trabajo conjunta entre las organizaciones migrantes y la academia,⁴ fue aplicada a personas migrantes mayores a 18 años, es decir, personas nacidas en un país distinto a la Argentina.

El cuestionario final de la ENMA 2020 contó con 62 preguntas (32 obligatorias) dispuestas en 12 bloques temáticos diferenciados. La ENMA 2020 se aplicó de manera virtual a través de un cuestionario autoadministrado digital, atendiendo a las restricciones sanitarias y de movilidad impuestas en el país por la pandemia de Covid-19 y sujeto a experiencias positivas previas. Para ello se utilizó la herramienta Survey Monkey, configurándose de modo tal que no se registren datos personales. El número total de respuestas válidas obtenido fue de 3.114.

En cuanto a la ENMA 2023, contó con 72 preguntas organizadas en los mismos 12 bloques temáticos. El diseño muestral tuvo como objetivo alcanzar un total de 3500 respuestas válidas.

En la temática que nos compete en este trabajo, fueron de interés tres preguntas que formaron parte de los dos relevamientos: 1) País de nacimiento; 2) ¿Usted descende, tiene antepasados o pertenece a alguno de los siguientes grupos (selección múltiple) Indígena o descendiente de pueblos indígenas y originarios;

⁴ El proceso de diseño, revisión y ajuste del instrumento de recolección de la ENMA se llevó a cabo entre los meses de agosto, septiembre y octubre de 2020 e involucró a más de 30 investigadores del Eje Migración y Asilo de la RIOSP-CONICET, así como a una multiplicidad de referentes de organizaciones de migrantes y de derechos humanos de todo el país.

Afrodescendiente, africano o afroargentino/a; Asiático/a descendiente de asiático/a; Ninguno de los anteriores; Otro 3) “¿ha experimentado discriminación por su condición de migrante (extranjero) y/o aspecto físico en Argentina?”.

Las respuestas fueron trabajadas mediante análisis univariados y bivariados, arrojando datos interesantes, que dan cuenta del tratamiento diferenciado recibido por las personas de acuerdo con su ascendencia nacional y étnica, tanto percibida como adscripta.

Los resultados muestran la incidencia de la discriminación entre quienes señalaron, además de su condición migratoria, tener ascendencia africana (83%) u originaria amerindia (76%), respecto de quienes no se reconocían en ninguna de las anteriores categorías (66%) (Kleidermacher, et.al., 2021). Esto se vuelve a confirmar en la siguiente edición donde nuevamente es mayor la discriminación entre quienes se autoidentificaron como afro (72%) o indígena (60,2%) (Kleidermacher, et al, 2024).

Así, se puede entender que la inclinación a discriminar a personas migrantes sigue vinculada a características fenotípicas que no corresponden al ideal de la apariencia blanca europea (Frigerio, 2006). En este sentido, Segato habla de “alteridades históricas” refiriendo a perfiles humanos que resultan de ese proceso, cuya emergencia se sitúa en la localidad, en la nación. Solamente dentro de un cuadro de “formación nacional” en tanto matriz idiosincrática de producción y organización de la alteridad interior de la nación, es posible hablar de racismo, y formas de prejuicio y discriminación étnica inherentes a ese orden particular, acuñado en una historia propia (2007:29).

Por lo tanto, afirma que la diversidad (étnica o de otro tipo) no es un hecho de la naturaleza y sí una producción de la historia, en la que construcciones nacionales de alteridad desempeñan un papel crucial, y tensiones y pautas de discriminación y exclusión a lo largo de las fronteras locales. Se trata de mecanismos a partir de los cuales justificar un tratamiento diferencial en base a determinados rasgos físicos que se perciben diferentes, y a los que se asignan determinadas características morales e intelectuales.

Retomando la ENMA, y al considerar la variable de ascendencia étnica en relación con la nacionalidad de origen de los encuestados, se observa que la población migrante de origen no europeo extra-MERCOSUR reporta las tasas más altas de experiencias de discriminación, con un 64,5% indicando haberlas vivido "al menos alguna vez". Le sigue la migración proveniente del MERCOSUR, con un 48,1% que respondió afirmativamente. En el extremo opuesto, los migrantes de origen europeo extra-MERCOSUR muestran las tasas más bajas, con un 27,6% (Kleidermacher et al, 2024).

Otros modos de aproximarse a la medición de las desigualdades por motivos étnico-nacionales han sido los trabajos llevados adelante desde los programas de investigación con sede en la Universidad de Buenos Aires (UBACyT) dirigidos por el Dr. Néstor Cohen, donde, a partir de entrevistas en profundidad a docentes y personal del poder judicial, se indagó respecto a la mirada construida por la población nativa hacia el migrante externo⁵.

Para el caso particular del universo educación, se trabajó con catorce grupos focales realizados a docentes de Capital Federal y Gran Buenos Aires durante los años 2008-2011. Respecto al universo de justicia, se realizaron entrevistas en profundidad semiestructuradas a miembros del sistema judicial de la Provincia de Buenos Aires y de la Ciudad de Buenos Aires durante los años 2012-2014. Se entrevistó, con una misma guía de pautas, a jueces, fiscales, secretarios, asesores tutelares, jefes de despacho, directores de áreas de denuncias y asistencia a la víctima, escribientes y prosecretarios. Entre los principales resultados, destaca el modo en que se construye una mirada respecto de la diversidad migratoria como ajena y con sentido negativo, así como un tratamiento diferencial que afecta el acceso a derechos. Es decir, los migrantes de

⁵ El primero denominado “Exclusión, control social y diversidad en la relación entre el migrante externo y las instituciones educativa y judicial” (Programación Científica 2008-2010) y el segundo, “Diversidad etno-nacional y construcción de desigualdades en las instituciones escolar y judicial. Un desafío teórico-metodológico en el abordaje de los casos del AMBA y la provincia de Mendoza” (Programación Científica 2011-2014).

países limítrofes o no europeos, son identificados por docentes y miembros del poder judicial, como competidores de los derechos que deben gozar los “ciudadanos argentinos” (Gonza y Gonzalez, 2016).

El presupuesto de analizar las desigualdades a partir de dichas instituciones radica en la concepción de que el Estado desempeña un papel activo en ellas para abordar la diversidad étnica. En la educación primaria y secundaria, se ejecutan políticas de socialización; en el sistema judicial, se aplican políticas de sanción a la ilegalidad; y en las fuerzas de seguridad, se implementan políticas represivas. A pesar de desempeñar roles distintos, estas instituciones comparten la capacidad de establecer estrategias de interacción entre los nativos y los migrantes, excluyendo y sancionando a ciertos grupos de migrantes en función de su origen étnico-nacional. De esta manera, la interacción tanto entre estas instituciones como dentro de ellas configura un contexto donde la diversidad étnica se traduce en desigualdad en el acceso a los derechos (Cohen, 2009).

Estas representaciones también han sido identificadas en investigaciones llevadas a cabo por el Proyecto de Reconocimiento Institucional (PRI) con sede en la carrera de sociología de la Universidad de Buenos Aires dirigido por Gisele Kleidermacher y Darío Lanzetta.⁶ Durante diversas programaciones desde el 2015 hasta la actualidad, indagan en las representaciones sociales que, en las escuelas secundarias de gestión pública en la CABA se producen hacia personas migrantes de diversos orígenes. A partir de la aplicación de cuestionarios estandarizados aplicados en dichas instituciones, se observa que las nacionalidades más discriminadas en las aulas son la boliviana y, en menor grado, la paraguaya. También se realizaron entrevistas en profundidad a personal directivo de dichos establecimientos, quienes atribuyen una menor capacidad intelectual y un bajo nivel socioeducativo a los padres de los jóvenes de dicha nacionalidad.

Retomando las investigaciones realizadas por Néstor Cohen y con la dirección de Gabriela Gómez Rojas, cabe destacar también las indagaciones cuantitativas que se propusieron analizar vínculos entre discriminación y clase social. A partir de la aplicación de un cuestionario estructurado a población nativa, residente en CABA y AMBA, entre los años 2015 y 2017, se aplicaron cerca de 900 encuestas a personas de entre 18 y 56 años.

Las encuestas, las entrevistas y los grupos de discusión son algunas de las principales técnicas de uso habitual en sociología que incluyen formas de medición de las desigualdades étnicas. En la investigación histórica es central el uso de documentos y en la investigación antropológica de la observación etnográfica. En cualquier caso, la medición requiere centrar la atención en los detalles de la producción de datos, mediante la elaboración minuciosa y reflexionada de cada pregunta de cuestionario o entrevista, de las orientaciones de campo y de los encuadres con lo que se presenta la investigación a los sujetos de estudio.

Quinto desafío: lo político y lo ético

Para finalizar este escrito, unas breves notas respecto de lo político y lo ético en la investigación de clase y etnia. Las desigualdades étnicas y las de clase social son temas, como casi cualquier otro de ciencias sociales, controvertidos y, en ocasiones, también sensibles.

Describir y explicar desigualdades implica tomas de posición, implícitas o explícitas. Elegir un tema de investigación implica darle algún grado de visibilidad a un fenómeno y construirlo como problema público.

⁶ Proyectos PICT-FONCyT. “Representaciones sociales hacia migrantes en jóvenes de escuelas secundarias públicas de CABA, autopercepción de clase y rol de la escuela. Una comparación entre ‘viejas’ y ‘nuevas’ migraciones latinoamericanas”. PRII “Diversidad cultural en la institución escolar. Articulaciones entre la mirada de directivos y percepciones de jóvenes migrantes en escuelas medias de gestión pública de CABA (2022- 2024)”. PRII “Nuevas Migraciones Caribeñas hacia la Argentina. Representaciones sociales de jóvenes de escuelas medias del Sur de CABA respecto a haitianos, dominicanos y venezolanos”. Programación 2020-2022. PRII “Representaciones sociales de jóvenes hacia migrantes bolivianos, paraguayos, asiáticos y africanos en instituciones escolares de “barrios sur” de CABA. 2018-2020. Una profundización de caso”. Programación 2018-2020. Y PRII “Representaciones sociales de jóvenes y adultos hacia migrantes bolivianos, paraguayos, asiáticos y africanos en “Barrios Sur” de CABA. 2014-2016”. Programación 2015-2017. Dirigidos por Gisele Kleidermacher y co dirigidos por Darío Lanzetta.

Es probable que en los grupos y categorías de personas que se estudian existan distintas miradas sobre las maneras en que las investigaciones sociales describen y explican sus posiciones y experiencias.

Por ejemplo, si las investigaciones muestran la sobrerrepresentación de las personas blancas en las clases medias, con el propósito de señalar la discriminación étnica, con la divulgación reiterada de esos resultados de investigación, los sentidos que se construyen en el debate público a partir de los datos pueden ser muy variados. Podría ocurrir que involuntariamente se contribuya a reforzar estereotipos esencialistas, que invisibilizan a las clases medias no blancas. Atendiendo a este fenómeno, Mara Viveros Vigoya (2022) ha estudiado las clases medias negras en Colombia, para compensar el vacío de investigación que, por omisión, refuerza que la gente negra sea imaginada como inevitablemente pobre y de clase baja.

Las investigaciones sociales, al describir desigualdades entre categorías de personas, influyen en los procesos que estudian. Sus resultados pueden ser tomados como base para el diagnóstico o diseño de políticas. Esto puede empoderar a algunos grupos subalternizados, pero también puede generar el estereotipo de que esos grupos han sido beneficiados con políticas de discriminación positiva que en realidad no existieron o no tuvieron impacto.

Posiblemente una de las cuestiones más difíciles sea cómo describir situaciones de opresión de maneras que eviten representar a las personas reduciéndolas a su condición de oprimidos. En la representación de grupos subalternos, se debería evitar tanto la victimización, que puede reducir a las personas a su condición de oprimidos, como la exotización, que convierte sus experiencias en algo ajeno o diferente. La reproducción de estereotipos y la naturalización de desigualdades a veces ocurren de maneras sutiles e inesperadas. Incluso cuando las intenciones detrás de investigaciones o políticas son las de promover la igualdad o la inclusión, pueden proveer material que refuerza las lógicas discriminatorias que se quería desmontar.

Para finalizar, entre las orientaciones éticas a tomar en consideración, podemos mencionar:

- Consentimiento informado, confidencialidad y anonimato en el manejo de información. Estos son los aspectos ya tradicionales y elementales con los que se asocia la cuestión ética en la investigación social.

- El imperativo fundamental de la ética en la investigación es “no dañar”, no generar perjuicios. Los esfuerzos deben orientarse a garantizar este estándar mínimo tomando en cuenta todos los puntos de vista posibles, en especial, de los sujetos de estudio, pero con una mirada amplia que tome en cuenta “consecuencias imprevistas”.

- Incluir las voces (en plural) en los sujetos de estudio es posiblemente una de las contribuciones positivas concretas al alcance de muchas investigaciones. En este aspecto es importante que las voces se expresen por sí mismas, sin que el investigador las instrumentalice para encajar en su trasfondo ideológico o en sus hipótesis.

Referencias bibliográficas

Barth, Frederic (1976). Los grupos étnicos y sus fronteras (Vol. 197, No. 6). México: Fondo de Cultura Económica.

Bartolomé, Miguel Ángel (2006). Procesos interculturales: antropología política del pluralismo cultural en América Latina. México: Siglo XXI Editores.

Braudel, F. (2006). La larga duración. *Revista académica de relaciones internacionales*, 5(36).

Cohen, Néstor (2009). Representaciones de la diversidad: Trabajo, escuela y juventud. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas.

Gonza, Gilda Ivana y González, Anahí (2016). Migraciones internacionales y racismo cultural en Argentina. En *Revista de Ciencias Sociales* N° 152: 37-53.

https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/116227/CONICET_Digital_Nro.46af9ed9-2f26-4d82-9e17-1d92375ffbcd_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y

Kleidermacher, Gisele; Debandi, Natalia; Gonzalez, Anahí; Costanzo, Gabriela y Guerreño, Marta (2021). “Discriminación y violencias”. En Debandi, Natalia, Nicolao, Julieta y Penchaszadeh, Ana Paula (Coord.). Anuario Estadístico Migratorio de Argentina 2020. Buenos Aires: RIOSP DDHH -CONICET. Pp. 120-127.

Kleidermacher, Gisele y Seid, Gonzalo (2021). Etnia/raza y clase: articulaciones en la antropología y la sociología argentinas. Temas Sociales 48 - mayo de 2021, pp. 154-181

Kleidermacher, Gisele; Abiuso, Federico; González, Anahí; Jensen, Florencia; Melella, Cecilia; Nicolao, Julieta; Vílchez, Juliana (2024) “Discriminación y violencias”. En Nicolao, Julieta; Debandi, Natalia y Penchaszadeh, Ana Paula (Coord.). Anuario Estadístico Migratorio de la Argentina 2023. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Red de Derechos Humanos del CONICET. Pp. 123-136.

Korzeniewicz, R. (2021). Desigualdad: hacia una perspectiva histórica mundial. En Jelin, E., Motta, R., y Costa, S. *Repensar las desigualdades: cómo se producen y entrelazan las asimetrías globales (y qué hace la gente con eso)*. Siglo XXI editores.

Maldonado, M. (2005). Noviazgo, emotividad y conflicto. Relaciones sociales entre alumnos de la escuela media Argentina *RMIE*, pp. 719-737.

Segato, Rita, (2007) *La nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires: Prometeo.

Tilly, C. (2000). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.

Viveros Vigoya, M. (2022). El oxímoron de las clases medias negras: Movilidad social e interseccionalidad en Colombia (p. 224). Bielefeld University Press. Wade, Peter (1997). *Race and ethnicity in Latin América*, Chicago: Pluto Press

Wade, Peter (2006). “Etnicidad, multiculturalismo y políticas sociales en Latinoamérica: poblaciones afrolatinas (e indígenas)”. *Tabula Rasa*, 1(4), 59-81